XII Domingo del Tiempo Ordinario C

Es un decir apenas

"Jesús les dijo: ¿Y vosotros quién decís que soy yo? Pedro tomó la palabra y dijo: El Mesías de Dios". San Lucas, cap. 9.

Al norte de Palestina se encontraba Cesarea de Filipo, una villa fundada sobre otra más antigua, que los griegos dedicaron al dios Pan. Allí, en la gruta donde brotaba una de las fuentes del Jordán, se rindió culto a esta divinidad pastoril.

Al nombre primitivo, que recordaba al emperador romano, el tetrarca Filipo había añadido el suyo propio, para distinguirla de la otra Cesarea, situada en territorio de Samaría, junto al mar.

La ciudad poseía un majestuoso templo pagano, de mármol reluciente, asentado sobre la roca oscura que dominaba el contorno.

Jesús va a esta región en busca de sosiego. Desea estar a solas con su grupo, lejos de la multitud importuna y de la vigilancia de los escribas. Es entonces cuando el Señor pregunta a sus discípulos: "¿Quién dice la gente que soy yo?".

Ellos responden vaguedades: Algunos lo tienen por Elías que ha vuelto a la tierra. Otros lo identifican con Jeremías. O también con el Bautista, a quien Herodes mandó asesinar en la cárcel.

Pero el Maestro quería una confesión más personal. Por esto vuelve a preguntar: "¿Y vosotros quién decís que soy yo?"

Pedro se lanza al ruedo en nombre de los Doce: "Tú eres el Mesías de Dios". El apóstol responde desde su admiración por el Maestro, pero sin medir las consecuencias. Como sucedió en el Tabor, tampoco sabe allí qué está diciendo.

Esta declaración de Mesías encerraba otros sentidos, que luego la Iglesia explicaría con los términos de Hijo de Dios, Señor y Salvador.

San Marcos y san Lucas añaden que Jesús reafirmó entonces, ante sus amigos, su próxima muerte en la cruz. San Mateo aprovecha la ocasión para presentar a Pedro como el jefe de los Doce: "Y yo a mi vez te digo que tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia". Como telón de fondo estaba aquella roca, que soportaba el templo de Augusto.

Los otros discípulos se sintieron interpretados por Pedro, pero guardaron silencio. Sin embargo esta confesión pública los comprometía a todos. Quizás de aquí arrancó su firme convicción sobre quién era este Maestro, hasta dar luego la vida por él. Sin descartar las propias vacilaciones y cobardías, herencia común de los mortales.

En muchas circunstancias hemos afirmado que Jesús es nuestro Salvador. El día de nuestro Bautismo, los padrinos lo dijeron por nosotros. Más tarde, en la Confirmación expresamos personalmente la decisión de vivir el Evangelio. También al casarnos por la Iglesia y en otros momentos de la vida, nos hemos declarado seguidores de Cristo.

Sin embargo, en la vida real tal compromiso no se advierte. El viento se llevó las palabras y los hechos confirman que no sabemos nada del Señor. Para muchos tal confesión cristiana es un decir apenas.

Pero Jesús insiste. Cuando en el hogar afloran las tensiones, ante la muerte de un ser querido. Cuando el camino se oscurece. Si los negocios andan mal. Si el pecado nos derrota. O si algún amigo nos traiciona, vuelve el Señor a preguntarnos: ¿Y vosotros quién de decís que soy yo?.

Cada cual tendrá entonces la palabra.

Padre Gustavo Vélez Vásquez m.x.y